

VISPERAS DE NANCY

EN LEBRIJA, CON LOS DE "ORATORIO"

Paredes encaladas
y, en el suelo,
los muertos
de una guerra.



JOSE MONLEON

SEVILLA. Ancha y cuidada calle de carretera de Cádiz. Desvíos que señalan lugares punteros en la historia del cante. Utrera. Dos Hermanas. Y antes de llegar a Jerez de la Frontera, arrancando junto a una venta, el desvío de Lebrija. Exactamente a ocho kilómetros, el pueblo.

Casas blancas. Calle mayor bordeada de naranjos y puestecitos de turrón para endulzar las amarguras de la Semana Santa. En la plaza, sentado en un sillón de bronce, ostentando, imperativo y acusador, un libro, el gramático Antonio de Nebrija, el más famo-

so entre los hijos ilustres de la ciudad. Así lo repite el maravilloso y alegórico mosaico —pieza maestra del «camp»— que se come y resalta la fachada del Ayuntamiento.

En un pizarrón anuncian clases nocturnas para los que no pudieron ir a la escuela en su día y han perdido definitivamente la vez. Cerámica humilde, áspera, barata, para el agua y para el vino y no para la decoración. Por diez duros, tres piezas y una exhibición del artesano.

Historias oscuras de la guerra civil. El que cayó en esta o aque-

lla parte, el que sigue en París, la mujer a la que raparon y ahora se alegra cada vez que se muere —dicen que se cuelga hasta el pie de sus camas en el momento fatal— alguno de los que la escarnecieron. Bares humildes. Raciones de camarones. Un queso y un vino excelentes. Un tonto. Una banda de música El paseo diario. Una marquesa. Una gran procesión por Semana Santa. Los ricos. Los pobres. La cal que blanquea los muros y da a la ciudad una fotogenia pulcra y cultural.

Saliendo de la calle mayor, travesía arriba, llegamos a una nave

—hasta hace poco albergue de una central lechera—, donde los del Teatro Estudio Lebrijano repiten, una vez más, el espectáculo que a finales de mayo presentarán en el Festival de Nancy. Se trabaja especialmente en la integración del «cante» a la representación, concretando la que era una seria petición subyacente de «Oratorio».

COMO UNA CEREMONIA

Hemos llegado a Lebrija un Viernes Santo. Se ven a lo lejos, saliendo de la plaza, las velas si-

métricas —quizá bombillas amarillentas— del paso. A su alrededor parecen arrastrarse cuerpos de encapuchados. Adentro, en la nave del Teatro Estudio Lebrijano, se diría que la ceremonia, con nuevas palabras, continúa. Al fondo se alza la cruz, cubierta con un paño morado. Los actores, vestidos de cualquier manera, van entrando suavemente por los pasillos abiertos entre las sillas de los espectadores. En la penumbra, penumbra de cueva o antigua casa de gitano, uno de los actores canta la soleá de Arcos, según dicen, tan áspera y tan dura que ni siquiera ha sido grabada en las modernas antologías flamencas. Quien canta es León, y luego, mientras el resto de los actores se agrupa lentamente al pie de la cruz morada, Salvador, esquemáticamente acompañado a la guitarra, canta un quejumbroso taranto. Afuera, en las calles de Lebrija, la procesión de Viernes Santo ha terminado. Y se oye la palabra del cura del pueblo que, desde el altavoz dominante de la iglesia, exhorta y aconseja a sus feligreses. Mientras, el ensayo de «Oratorio» continúa. Las sucesivas oraciones van evocando distintos ejemplos de destrucción y violencia del hombre por el hombre; son casos tomados a la literatura griega, a la Biblia, a la guerra mundial o a cualquier guerra civil. En un momento dado, cuando el resto de los actores forma un grupo suplicante, dos muchachos alzan la gran cruz, en cuyo envés se esconde un avión de bombardeo. Velas que se encienden y reparten mientras Pepe, acompañándose apenas a la guitarra, casi al aire, canta una petenera. Ritualismo procesional en los movimientos. Y tras la última protesta, un signo de despojamiento y de compromiso personal mientras se canta el martinete.

Violencia corporal, gritos exacerbados, una tensión que intenta manifestarse a través del ritual. Ninguna abstracción ni esteticismo gratuitos. Por las rendijas de la puerta sigue entrando la voz del sacerdote. Entre los mismos componentes del grupo hay, por lo menos, un ex seminarista y otro, el encargado de las luces, que cantará pronto su primera Misa. Arrastran los actores los pies instintivamente en una actitud atemorizada, entrecortada de fuertes sacudidas. El espectáculo parece alcanzar un punto de amargura y de impotencia; ninguno de esos ingenuos triunfalismos pequeño burgueses que creen cambiar el mundo con un epílogo didáctico. Los del Teatro Estudio Lebrijano —que pueden ser muchos o pocos, según los días, pues igualmente se hace la ceremonia e igualmente se dicen, por unos o por otros, los textos— sitúan, me parece, su reflexión en el punto real en que se encuentran, con un lenguaje



Plaza Mayor de Lebrija. Frente al Ayuntamiento, detrás del Banco, un grupo de actores del Teatro Estudio Lebrijano.

dramático que no han aprendido en los libros ni en los teatros, sino en su vida de cada día. Incluso el texto de Alfonso Jiménez, uno de nuestros autores marginados y marginales, tiene en la boca de los intérpretes el regusto retórico familiar de las formulaciones litúrgicas. La veracidad orgánica parece oponerse un poco a un vocabulario y a una dicción que suenan con cierta violencia refinada, pero quizá sea ese uno de los secretos estéticos y políticos de «Oratorio», la pugna estilística, que corresponde a una preexistente pugna socio-histórica e individual, entre la libertad y la ceremonia, entre lo que uno es y la disciplina anquillosa del rito. Mostrarse a través de ese rito, evidenciar la existencia de una realidad subyacente en él, volver al rito contra sus habituales objetivos, aceptando sus términos externos en tanto que medio de comunicación impuesto a la comunidad y fondo subconsciente del que brotan los signos expresivos, ese, me parece, es el profundo sentido de la forma teatral de «Oratorio».

Ha sido, en este aspecto, muy elocuente la inmediatez con que se han integrado los «cantaos» aportados por Paco Lira, una de las personas más serias y con sentido de la autenticidad que hoy existen en este campo. Ni un solo momento ha aparecido el «cante»

como una ilustración de «Oratorio», ni una sola vez ha habido que forzar el gesto de los recién incorporados «cantaos» para armonizarlo con el de los «actores». El ritmo corporal es el mismo, los rostros son afines, todos han vivido y, cuando ha llegado el caso, se han rebelado, en el mismo marco, en la misma alegría del paisaje, en la misma desigualdad socio-económica, cerca del mismo altavoz dominante.

EN EL LOCAL DEL TEATRO ESTUDIO LEBRIJANO

La representación terminada, cogemos cada uno nuestra silla y nos vamos al «local» del Teatro Estudio Lebrijano, una planta baja con dos habitaciones. Parece ser que la casa fue declarada en ruina y eso ha facilitado económicamente las cosas. Carteles por las paredes, que recuerdan las distintas representaciones del grupo. Algún curioso elemento de «attrezzo». Una cómoda repleta de papeles, recortes, fotografías y programas. Para los casos de apuro, cuando faltan sillas, tienen el modesto ataúd que emplearon en el montaje de una obra de Teixidó, en un festival celebrado en Palma de Mallorca. Sobre la mesita puesta en el centro, tacos de queso y varias bolsas de

picos. Dos botellas de vino que pasan de boca en boca. Me ponen cintas magnetofónicas en las que escuchamos la opinión de gente del pueblo al terminar alguna de las representaciones callejeras del Teatro Estudio Lebrijano. Los hay que parecen un poco asombrados de la claridad con que se acaban de plantear ciertos problemas; de forma unánime, todos animan al Teatro Estudio Lebrijano a que continúe, y ven en él un medio esclarecedor, un teatro de ellos mismos. Luego me ponen otra cinta, enormemente curiosa: son voces de niños que repiten, palabra a palabra, las escenas de «El pagador de promesas», el último estreno —«Oratorio» es anterior, aunque ahora haya sido retomado y remozado el montaje— del Teatro Estudio Lebrijano. Se nota que los niños ponen cierto énfasis a tono con la categoría social del personaje y la intención crítica de cada escena. Es aquél un ejemplo importante de teatro infantil, porque se respira que hay algo más que mimesis y que los niños han descubierto en el texto un juego y una afirmación de su personalidad. Hablamos luego, entre todos, del Teatro Estudio Lebrijano. Juan Bernabé, elemento clave en la vida del grupo, lleva la voz cantante, a pesar de sus esfuerzos por conseguir que todo el mundo meta baza.

—¿Cuándo empezaron las actividades del Teatro Estudio Lebrijano?

—Hace cuatro años. Primero nos limitamos a las lecturas, y recuerdo que elegimos «Los justos», de Camus; «Todos eran mis hijos», de Arthur Miller, y «Llama un inspector», de Priestley. Eramos un grupo de amigos que invitábamos a unas cuantas personas.

—¿Dónde lo hacíais?

—Empezamos en la sala de guardia de la parroquia, porque no nos dejaron el local de la Caja de Ahorros. Allí, ante treinta personas, dimos nuestra primera sesión de teatro leído. Meses después, al llegar las Navidades, hicimos ya una representación. Fue en una escuela y montamos «Palabras en la arena», de Buero; «Oración», de Arrabal, y «La noticia», de Lauro Olmo. En esa escuela solía hacerse una obra benéfica anual, generalmente a base de los Quintero y de Muñoz Seca.

Interviene Marlo, fotógrafo de Lebrija, muy ligado al grupo, pero «anterior» a él.

—Que conste que nosotros llegamos a montar, en esas funciones de que habla Juan, «El baile», de Neville, que en su momento era una obra importante. Le pedimos el texto a la propia Conchita Montes, que entonces estaba haciendo la obra en Madrid. Para nosotros, el dejar a un lado a los Quintero y a Muñoz Seca, allá por el año sesenta, y poner «El baile» fue

EN LEBRIJA, CON LOS DE «ORATORIO»



Al alba, los actores del Teatro Estudio Lebrijano han salido a las calles de Lebrija para hacer del pueblo el escenario natural de su «Oratorio». «Las madres protegen a sus hijos de la leva militar...».

romper moldes. Las cosas eran distintas a como son ahora. Luego surgió Juan y los demás y han puesto en marcha el grupo, que está haciendo una tarea muy interesante.

—¿Qué títulos ha montado el Teatro Estudio Lebrijano después de aquella primera representación?

—Al principio creíamos, erróneamente, que lo importante era estrenar cosas. Así que ensayábamos a marchas forzadas y ofrecíamos las obras. Con este criterio montamos, esta vez en el salón de un Instituto, sobre tarimas y cajas de cerveza, «El tintero», de Carlos Muñoz, que fue un éxito. Luego hicimos «Diálogos de una espera», de Alfonso Jiménez; «Los sedientos», una obra de Jerónimo López Mozo que encajó muy bien en los problemas locales, y «Las puertas», de Miguel Ángel Reilán. Presentamos «La camisa» y, a continuación, «El juego de las hormigas rojas», de Alfonso Jiménez, que fue una obra muy importante para la evolución y la formación del grupo, además de gustarle mucho a la gente.

Interviene Modes, maestra, en puertas de no sé qué terribles oposiciones.

—Aquello sirvió de afirmación artística del grupo. Vi la función como espectadora, y los actores me pareció que tenían una preparación y una calidad muy superiores a lo que habían demostrado hasta entonces.

—¿Cómo se formó el grupo? ¿De dónde fueron saliendo sus componentes?

—El grupo partió de dos o tres que habíamos leído teatro, que conocíamos a Lope, a Calderón, a Camus, a Bernanos... Luego se incorporaron otros que no habían pasado de Casona. Lo interesante era crear un grupo que tuviera algo concreto que decir en nuestra ciudad, que fuese un reactivo para Lebrija. Elegimos el teatro porque nos pareció el medio más a nuestro alcance y el que más nos gustaba para conseguirlo. Desde entonces, y aunque seguimos diez o doce de los «fundadores», se han incorporado los demás.

—¿Cuántos sals en total?

—Veintitrés. Pero «Oratorio» la hemos hecho desde doce a veintidós. El otro es el que pone las luces, toca la matraca y el tambor, y se encarga, cuando se emplea, del magnetófono.

—¿Ensayáis todas las tardes?

—La historia del Teatro Estudio Lebrijano está llena de dificultades en cuanto al tiempo de dedicación de sus componentes. Los hay que estudian, y están en Cádiz, Madrid o Sevilla; otros trabajan y terminan muy tarde.

—¿Dónde habéis ensayado?

—En todas partes. En verano, incluso en un barranco.

—Decidme qué oficio tenéis los que estáis aquí ahora...

—Manolo es auxiliar de contable en una Caja de Ahorros; Jesús, que no es actor pero está siempre con nosotros, trabaja en un bar; otro Manolo ha trabajado de representante, ha hecho la «mili» y ha trabajado en el campo; Diego trabajaba en una panadería, ha estado cuatro años en la «mili» y acaba de terminar unos estudios de electrónica; Modes, maestra, tiene ahora el problema de sacar las oposiciones; otro Manolo, el encargado de luces y sonido, será ordenado pronto sacerdote; Rosi ha empezado muchos cursos y no ha sacado nada, así que, por ahora, se dedica a «sus labores»; Domingo está estudiando tercero de Medicina; Benito pinta paredes y habitaciones; yo he sido semina-

rista, he concluido la «mili» hace muy poco y trabajo de administrativo en El Cuervo, un pueblecito a varios kilómetros de Lebrija...

León, «cantaor», lebrijano, y Pepe, guitarrista y «cantaor», sevillano, escuchan en silencio a sus nuevos compañeros.

—¿Cuál es tu oficio, León?

—Vendedor ambulante.

—¿Y el tuyo, Pepe?

—Yo di precisamente en Lebrija mis primeros pasos teatrales. Tenía doce años cuando llegué a Sevilla un hombre que se dedicaba a llevar cabrillas. Me escuchó, vio mis inquietudes y me dijo que me traería a Lebrija a cantar. Aquí empecé. Ahora, «Oratorio» me ha gustado mucho y por eso estoy con ellos; si no, no estaría.

—¿Dónde y en qué condiciones soléis hacer las representaciones del Teatro Estudio Lebrijano?

—Las circunstancias y condiciones han sido muy distintas. Muchas las hemos hecho en las calles o en el campo, pasando al final el sombrero. Ahora, camino del Festival de Nancy, es casi seguro que daremos tres representaciones en el Poliorama de Barcelona. A la vuelta quieren que intervinamos en el ciclo del Nacional de Cámara que se celebra en Madrid. En todo caso, el destinatario específico de nuestro trabajo es el hombre de campo o el obrero de cualquier pueblo andaluz, y el escenario idóneo para «Oratorio», una sala relativamente pequeña con el piso a un solo nivel.

—¿Tenéis problemas burocráticos? ¿Qué piensan de vosotros las «fuerzas vivas» de Lebrija?

—Una parte numéricamente importante del pueblo nos sigue y estima nuestro trabajo. La actitud de las fuerzas vivas es mucho más complicada, y apenas hace una semana nos fue imposible hacer «Oratorio» en Trebujena, pese a que el alcalde quería, por oposición del cura. Del Teatro Estudio Lebrijano, muchos de los que se sienten afectados por nuestra crítica dicen cosas ingenuamente perversas y, por supuesto, falsas.

—¿Y cómo ha caído el que un grupo de Lebrija vaya, como participación española, a un Festival Internacional?

—Limitándonos a nuestro medio inmediato, te diremos que, aparte de la alegría de nuestros muchos amigos, el Ayuntamiento de Lebrija ha ayudado al viaje de las veintitrés personas con una subvención de diez mil pesetas.

«ORATORIO», PUNTO Y APARTE

«Oratorio» es el espectáculo que ha «lanzado» al Teatro Estudio Lebrijano en el ámbito nacional; es

EN LEBRIJA, CON LOS DE 'ORATORIO'

el espectáculo que llevarán a Nancy. En el corro de bebedores de vino y comedores de queso está también Alfonso Jiménez, su autor y prácticamente un hombre integrado al trabajo colectivo del grupo.

—¿Cuándo hicisteis «Oratorio» por primera vez?

—En el sesenta y ocho montamos «El cepillo de dientes», que, pese a parecernos un texto valioso y a representarlo tras muchos ensayos, no interesó al tipo de público que nos sigue. Quisimos hacer luego un espectáculo muy distinto y pensamos en varias obras breves. No pudo ser, y entonces pedimos a Alfonso unos poemas, sobre los cuales hicimos la primera versión de «Oratorio», muy distinta de la actual. Los actores vestían pantalón y camisa negros, y el espectáculo se limitaba prácticamente al recitado de poemas. Tras esa primer «Oratorio» fue cuando Alfonso, otro compañero y yo nos fuimos a Madrid para estudiar y trabajar en el Centro Dramático. Forzamos a Alfonso a que acabase «Oratorio» y lo presentase al Premio Delfín, que ganó. Decidimos que la nueva versión, mucho más extensa y estructurada que la primera, la montaríamos en Lebrija. Sin embargo, vinieron luego unos meses en los que «Oratorio» no nos satisfacía, porque nos parecía que se trataba de una serie de textos muy importantes que no podían ser trabajados para llegar al público del modo teatralmente expresivo que nosotros queríamos. Sin embargo, a raíz de mi viaje al Festival de Nancy —al que acudimos varios alumnos del Centro— y de nuestro montaje de «Noviembre y un poco de yerba», de Antonio Gala, nos replanteamos «Oratorio», aunque seguíamos temiendo que nos condujese a una comunicación exclusivamente verbal. Empezamos entonces a improvisar escenas a partir de una historia propia.

Alfonso Jiménez se levanta y viene rápido hasta el magnetófono.

—Naturalmente, mi texto es sólo una propuesta al grupo y a su director, quienes deben encontrar la forma de expresar teatralmente la violencia que contiene. «Oratorio» ha sido estrenado por diversos grupos españoles y en ninguna parte se han limitado a decir el texto.

Sigue ahora, hecha esta aclaración llena de sentido, Juan Bernabé:

—Comenzamos a buscar signos y elementos que enraizaran la obra y dieran al espectáculo una violencia expresiva a través de los rostros y los cuerpos, de los gritos y los silencios, sin quedarnos solamente con la palabra. Esta nueva versión se estrenó el veintinueve de agosto del sesenta y nueve, en Jerez de la Frontera, en una especie de sinagoga, con los espectadores a nuestro mismo nivel, y

tuvimos ya la sensación de que habíamos conseguido lo que queríamos.

—¿Dónde habéis hecho «Oratorio»? ¿En qué pueblos?

—El Cuervo, Puebla de Cazalla, Dos Hermanas, Sanlúcar de Barrameda, Puerto de Santa María, Jerez, Puerto Real, El Bosque, Ubrique, Prado del Rey, Chiclana, Rota, Trebujena... Sin contar «salidas» a capitales, como Palma, Salamanca, Sevilla o Cádiz. En todo caso, Nancy, con las representaciones previas y las posteriores, prometen ser una interesante piedra de toque frente a públicos diferentes al nuestro.

¿Y LUEGO?

A nuestro lado, Modes, la maestra agobiada por las oposiciones, va pasando el álbum de las fotografías de los montajes del grupo. Hay bastantes más títulos de los citados por Bernabé. Nos llama la atención una foto de la representación del «Auto de la compadecida», enmarcada en un ámbito de viejo teatro ambulante, alzado ante aldeanos cogidos en un día de fiesta o al acabar la faena. Hablamos de la acogida que «Oratorio» mereció en Sevilla durante sus recientes representaciones en el Museo de Arte Contemporáneo. Bernabé, creo que irónicamente, me cuenta que algunos de los componentes de los grupos de la «capital» se preguntaban, compasivamente, qué hará el Teatro Estudio Lebrijano después de «Oratorio». La pregunta es significativa y sugerente. Quizá sea una de las pruebas del grado de falacia a que ha llegado el arte contemporáneo. Si pensamos un poco, recordaremos que suele formularse cada vez que una persona o un grupo traspasan con su obra la línea donde muere la artesanía, el juego ideológico y el oficio. ¿Qué podría hacer quien quisiera ir más allá? ¿Será que en el teatro español, después de un poco de verdad, sólo queda la marcha atrás o el silencio?

Pienso, sin lorquismo emocional alguno —Dios me libre—, en García Lorca. Y se me ocurre que «Oratorio» es, con nuevos signos y lenguaje, la primera respuesta contemporánea del teatro andaluz en la línea más rigurosa de su estética. Con la diferencia, claro, de que «Oratorio» alcanza un grado de creación colectiva que no podía darse en el trabajo de García Lorca, más individual y aristocrático, aunque no menos atento a la realidad popular inmediata. A esa realidad que él calificó de agraria a propósito de «Bodas de sangre», usando unos conceptos que repiten a menudo estos muchachos del Teatro Estudio Lebrijano en las notas de sus programas... ■ J. M.

OPS



OPS



OPS

